



El Rosario – la oración predilecta de María

23



“Por eso, esta oración de María, inmersa en la luz de Dios, sigue al mismo tiempo abierta siempre hacia la tierra. Hacia los problemas de cada hombre; hacia todos los problemas humanos... hacia toda la misión de la Iglesia, hacia sus dificultades y esperanzas.”

—Juan Pablo II

Usarla bien

En Mayo de 1950, después de siete años de prisión, regresó de Rusia el general Etelvaldo Pascolini, comandante de la División de Vicenza, ciudad al norte de Italia y capital de la provincia del Veneto.

Interrogado por un periodista acerca de los primeros momentos del encuentro con su familia, dijo que la primera noche se quedó hablando largamente con su anciana madre, quien cientos de veces interrumpió el relato con preguntas y observaciones.

Finalmente, la viejecita se quedó dormida. Entonces él se levantó y fue a hurgar en los bolsillos del único pantalón que usó durante sus cautiverio y que los rusos le dejaron llevarse. Por fin encontró lo que buscaba: un rudimentario rosario que se puso a desgarnar hasta el amanecer.

¿Y qué otra cosa podía hacer? Él mismo lo explicó: "Esa corona que yo mismo fabriqué fue mi fiel compañera durante todos esos terribles años de prisión. Fue siempre una fuente de esperanza en medio de la oscuridad. Ahora tengo que usarla bien para darle gracias a Dios y a la Virgen Santísima por mi liberación."

(Popolo Nuovo, Mayo de 1950)

San Felipe Neri, cuando recorría las calles de Roma, llevaba siempre en su mano su camándula y rezaba el Rosario. Y cuando se dirigía a visitar a un enfermo, iba rezando su Rosario por el camino.

Él dijo una vez: "Las Avemarías son joyas con las cuales yo puedo comprar almas para el Cielo".

“Nosotros recibimos cuanto le pedimos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada.”

(1 Juan 3,22)

Un joven inquieto (I)

El creador de nuestro actual Rosario fue un polaco. Un extraordinario personaje, Domingo Helion. Nació cerca de Gdansk, en la costa, en el año 1382. Pasó a la historia con el nombre de Domingo de Prusia, porque en aquella época toda la costa pertenecía a Alemania. Él mismo escribió su autobiografía en su «Liber Experimentiarum», el libro de sus experiencias.

Nació en una humilde pero honrada familia ribereña. Su padre era pescador. Murió cuando él era niño dejándole huérfano. Su madre, buscando algo mejor para su hijo que parecía bien dotado, lo envió a Gdansk a servir en casa de cierto predicador. Éste le enseñó el alfabeto y el Padrenuestro y le inició en la devoción al la Virgen. Siendo aún muy joven hizo un voto a la Virgen, que luego sin embargo se olvidaba de cumplir bien: «Santa María -le dijo a la Virgen-, ayúdame a estudiar mucho para que pueda llegar a ser sacerdote».

Con todo, no cumplió su promesa, pero en medio de sus jergas y aventuras siempre le quedaba una voz interior que le llamaba. En un momento de arrebató se decidió a ingresar en la Cartuja de Praga, pero al poco estaba de nuevo en Cracovia, practicando magia negra para ganarse la vida. En su desorden, de pronto era capaz de dar de una todo su dinero en limosna.

Marchó a estudiar a la universidad de Cracovia, donde en vez de estudiar se dedicó por desgracia a llevar una vida perdida jugando a los dados y bebiendo cerveza. En cierta ocasión, entró Domingo en una iglesia para pedir perdón por sus muchos pecados y desvaríos. ¿Sería quizá en Cracovia la famosísima basílica de la Virgen que en aquella época justamente estaba prácticamente concluida y que se alza hoy maravillosa en la grandiosa plaza del Rynek? El caso es que allí se le acercó una mendiga envuelta en una pobre capa azul pidiéndole una limosna. Le dio Domingo su última moneda. La vieja le prometió allí mismo que aquella moneda dada sería la redención de sus pecados.

Mucho más tarde Domingo reconocería que en los rasgos de la vieja mendiga que se le había acercado a la misma Madre de Dios, fiel a la alianza contraída con aquel niño de Gdansk. Inmediatamente comprendió que no le quedaba más remedio que entregarse por completo a su vocación e ingresó en la más severa de las órdenes monásticas, en la Cartuja de Tréveris, en Alemania, junto al río Mosela. La copia más antigua de su manuscrito autobiográfico se encuentra actualmente en la Biblioteca de la ciudad de Tréveris.

(Continuará...)

El cristiano, aunque está llamado a orar en común, debe entrar también entrar en su interior para orar al Padre, que lo ve en lo escondido, (cf. Mt 6,6); más aún: según enseña el Apóstol, debe orar sin interrupción (cf. 1 Ts 5,17). El Rosario, con su carácter específico, pertenece a este variado panorama de la oración «incesante», y si la liturgia, acción de Cristo y de la Iglesia, es acción salvífica por excelencia, el Rosario, en cuanto meditación sobre Cristo con María, es contemplación saludable. En efecto, penetrar, de misterio en misterio, en la vida del Redentor, hace que cuanto Él ha realizado y la liturgia actualiza sea asimilado profundamente y forje la propia existencia. (*Rosarium Virginis Mariae*, n°13)